

Doña Blanca y Eloisa se postraron frente á la imagen de la Virgen, y con ese acento apagado que sube en alas de un ángel invisible, levantaron al cielo una plegaria, eco de honda aflicción en las tribulaciones de la vida humana, evaporación misteriosa del espíritu que busca el consuelo fuera de la pesada atmósfera de esta existencia miserable, y desprendida del sagrario del alma cae en lluvia apacible sobre esas heridas que abre á nuestro seno la mano inflexible de la fatalidad!

CAPÍTULO VI.

La toma del fuerte de San Javier.

I.

El día 27 la Ambulancia recogía los cadáveres del enemigo que yacían en los fosos y glasis del fuerte. La plaza de San Javier estaba desierta: solo se veían los restos ensangrentados del combate.

El cuadro variaba de aspecto en el interior de la Penitenciaría, allí todo era vida y actividad, la defensa estaba muy adelantada, y el piso de los patios ocultaba multitud de minas.

Los corredores de la parte baja del edificio estaban cerrados por fuertes parapetos contruidos con sacos á tierra y en ellos piezas de montaña.

Los heroicos batallones de Guanajuato, Puebla y Morelia, se mantenían firmes y dispuestos á disputar al extranjero aquellos escombros salpicados con la sangre de sus hermanos.

El general dispuso que los cuatro tenientes coroneles, Smith, Sanchez Ochoa, Montesinos y Rosado, defendiesen hasta el último trance la Penitenciaría.

Auza, el bravo zacatecano cuyo nombre debía inmortalizarse en los momentos supremos de la lucha, defiende las redientes de Morelos y manzanas adyacentes.

Rifleros, Mixto de Querétaro y Reforma, á las órdenes de Río-Seco defendían las manzanas que circunvalaban la retaguardia de San Javier.

Arrasado el fuerte, la artillería enemiga convergió sobre sus flancos haciendo terribles estragos en los redientes de Morelos, el Carmen y Plaza de toros.

La brecha para llegar al interior de San Javier estaba practicada hasta el segundo patio interior de aquel edificio formidable: se veía una grande obra al través de las ruinas, que espantaba.

La ciudad se artillaba á gran prisa, y todo auguraba una resistencia terrible y sin cuartel.

Los batallones de Puebla, llenos de ese indomable valor que parece una herencia de sus antepasados, aguardaban impasibles el instante de morir matando.

Négrete, á la cabeza de sus tropas y lleno de una indignación sombría, ansiaba la revancha, y la buscaría á todo trance.

El día 28 el fuego de brecha era incesante sobre el fuerte y la ciudad: era la víspera de ese día sangriento y memorable que la historia declara ser una de las páginas mas gloriosas del heroísmo nacional en la lucha de su independencia.

II.

El sol del 29 de Marzo no era el sol de la victoria, era el astro de la fatalidad, la antorcha siniestra que debía dar sus luces sobre el anfiteatro de aquella lucha gigante, alumbrando un cadáver herido en el corazón.

Comenzaba á declinar el día, cuando gruesas columnas ene-

migas bajaban por la falda del cerro de San Juan como una vertiente que se sorbia en los fosos y caminos cubiertos.

El reflejo de las bayonetas que salían en los puntos de las paralelas, marcaba perfectamente la multitud de soldados que se agrupaban prolongándose en el camino de zapa, que estaba á treinta varas de los baluartes, y casi á las contra-escarpas de los fosos.

La una y minutos de la tarde serían cuando el huracán se hizo sentir con sus ochenta bocas de fuego: la Penitenciaría tiembla y se estremece al duro y constante choque de los proyectiles; las bombas caen sin cesar dentro de los patios de la fortaleza, las brechas están todas listas y practicadas, y sin embargo, el fuego sigue, y sigue sin interrupción.

No era aquello un lujo de ciencia militar, era la cobardía escondiéndose tras de la táctica; dudaban aún de su victoria!

La vista que presentan los muros de la Penitenciaría es verdaderamente aterrador: una cascada de escombros, un torrente de piedras, ladrillos y tierra se desprende desde lo alto de las almenas, donde no obstante aquellos efectos de tan terrible estrago, se puede percibir el constante fuego de rifle que dirigen los valientes de Nuevo-León.

Como para dar un aspecto mas imponente, sopla en aquellos instantes un viento fuerte del Sur, y los patios y corredores de San Javier se cubren de polvo, así como los soldados que defienden el punto.

Son las tres y media de la tarde, el fuego cesa de súbito: hay un momento de silencio en el que no se oye mas que el aire que azota y arroja torbellinos de tierra que arranca de las abiertas brechas.

Entonces, y en aquel instante solemne, tiene lugar una escena conmovedora.

En el patio interior de la Penitenciaría, los cuatro gefes defensores de aquel reducto, los cuatro tenientes coroneles á quienes estaba encomendada la defensa, se estrechan en un ardien-

te y fraternal abrazo de despedida; el llanto corre por sus mejillas, lágrimas que el entusiasmo arranca á la juventud y al patriotismo.

Sepáranse prometiendo buscarse en el peligro, arengan á sus tropas, y los soldados responden con aclamaciones y vivas de júbilo ante el aspecto sereno del valor y la grandeza!

III.

El silencio del campamento frances se interrumpe por el estallido de una bomba: aquello era una señal.

Los soldados embrazan las armas y el movimiento se nota dentro de los caminos cubiertos.

Pasan algunos minutos, y la segunda bomba atruena el espacio con su detonacion.

Un torrente de soldados comienza á salir de los caminos y de las paralelas; pero todos en silencio y avanzando á paso veloz.

Una tercera bomba da por fin la última y fatal señal, y un grito de guerra desprendido de aquella masa de diez mil combatientes, se deja oír como el eco del infierno en la hora de la destruccion humana.

En medio de los *hurras* y vivas á la Francia, agitan el pabellon desgarrado de Magenta y Solferino, que cayó en los fosos de Guadalupe el 5 de Mayo y fué recogido heroicamente por los hijos de la Francia.

Los zuavos van á vanguardia, ellos son siempre los soldados de brecha. Los siguen los regimientos de Vincennes, los cazadores, los veteranos del 99 y otros batallones de línea.

Como huracan atraviesan los fosos, y plantan sobre las ruinas que llegan hasta las escarpas, la bandera de la Francia.

La plaza del fuerte de San Javier donde tanto se ha comba-

tido y donde tantos mexicanos han muerto por la patria, está ya en poder de las infanterías francesas.

Los zuavos siguen penetrando llevando siempre su estandarte rojo que les sirve de guía, y el clarin marca sin cesar paso de ataque.

Hasta ese momento los soldados que marchan al asalto no han tenido pérdida alguna, y creen por un momento, que el fuerte está desierto y abandonado; llegan por fin al segundo patio y siguen avanzando, pero lentamente.

El patio donde llegan ya los zuavos es extenso, lleno tambien de escombros, pues los proyectiles han penetrado hasta aquel sitio para ampliar suficientemente la brecha.

Al frente de los soldados que llegan hay un corredor algo derruido y cubiertos en parte sus arcos por altas bardas de tabique.

Detras de las columnas está oculto un sargento de artillería, su rostro está pálido y su mirada conserva la serenidad; tiene en su mano el extremo de una cuerda que se pierde en el escombro, es el hilo conductor de una de las minas establecidas en el centro del patio.

Detras de la otra columna y á veinte pasos del sargento está un gefe de ingenieros; su mirada es inquieta, pero en su actitud se nota la resolucion firme y enérgica, tiene asida una cuerda que conduce á otra mina mas terrible aún; el gefe se llama Sanchez Ochoa.

Los franceses penetran al sitio fatal, se escuchan sus pasos, se perciben distintamente sus voces, se oye el ruido de sus armas.

El sargento mexicano se agita y fija sus ojos en el ingeniero, que permanece en acecho esperando que se reuna mas número de soldados sobre las minas.

Una turba de zuavos engrosa las filas de sus compañeros, el momento oportuno habia llegado.

De súbito se oyó la voz terrible de "¡fuego!" y de aquel patio,

como una erupcion volcánica, se desprenden grandes trozos de piedras y vuelan los soldados al impulso formidable de la pólvora; la explosion es producida por mas de tres quintales y de siete á ocho bombas de catorce pulgadas.

La ciudad toda se estremece al impulso de tan horrible explosion; por el aire se ven elevarse y descender rápidamente pedazos informes de cadáveres y armas despedazadas.

El patio lleno de polvo y de escombros ya no contiene un solo soldado.

Smith llega con los restos de Guanajuato, da un estrecho abrazo á Sanchez Ochoa, y le dice lleno de entusiasmo: "compañero, aquí estoy con mis soldados, ahora que vengan."

Un alférez llamado Carlos Campa coloca bajo los arcos sus cañones y esperan de nuevo con las infanterías de Morelia y Guanajuato la llegada del enemigo que se extiende y posesiona, de todo el edificio, librando combates donde quiera y derramando su sangre con profusion.

En el patio de la derecha de la Penitenciaría, se traba un combate con el 2º de Guanajuato á las órdenes de Rosado, que se sostiene con indecible heroismo.

Emilio Rodriguez cae prisionero con los zapadores, y la lucha continúa con ardor y sin descanso.

IV.

Una columna francesa avanza por la parte de la Alameda frente á la Plaza de toros, y otra por el flanco derecho del fuerte de San Javier, y ambas parecen cerrar la entrada de la Penitenciaría con mas de seis mil hombres; pero el general Negrete las recibe con sus reservas. Ghilardi atraviesa con las fuerzas de Zacatecas desprendidas del Cármen la llanura que se interpone por la izquierda hasta cerca del pueblo de Santiago.

Carlos Salazar con el batallon de Rifleros se acerca atrevido por la derecha hasta el foso del fuerte.

Tres batallones de Puebla, tambien á pecho descubierto, al mando de Prieto y Negrete, reforzaron la línea y entraron en batalla con el enemigo.

Por la parte de la Alameda los batallones de Puebla y Reforma rompen sus fuegos; pero la columna francesa hace un movimiento, cambiando su formacion en batalla, y descarga sus armas contra las fuerzas de Rioseco.

En medio del combate se oyen multitud de gritos: "parque, falta el parque, no hay parque;" entonces Rioseco se avanza á la línea y dice: "soldados, es cierto que no hay parque, pero teneis bayonetas y aquí está la bandera de la patria y firme vuestro coronel."

Este ejemplo de valor sostuvo la moral de los soldados hasta la llegada de los pertrechos.

V.

Despues de la sorpresa y el terror producidos por las minas, el asalto torna con mas vigor en la Penitenciaría; las columnas han sido reforzadas y nuevos y valerosos franceses emprenden de nuevo el combate sangriento.

Oyese la voz de Smith, Ochoa, Montesinos y Rosado que no cesan de animar á sus soldados; suena el clarín y la sangre torna á manchar los escombros del edificio.

De una parte elevada de la Penitenciaría arrojan granadas de mano los mexicanos, la pelea dura mas de una hora y los franceses han penetrado en el patio donde Montesinos los aguarda á la bayoneta con el 6º de Guanajuato, que se mezcla en una carnicería espantosa con el enemigo.

La sangre corre por los caños del patio, las baldosas están

cubiertas de cadáveres, ¡fatal combate! ---- ¡terrible lucha! ---- ¡espantosa desolacion!

En la parte alta de la Penitenciaría hay varias compañías de Morelia y Puebla que hacen un fuego nutrido sobre zuavos y cazadores de Vincennes.

Cirilo Castillo manda los fuegos de los corredores con un entusiasmo grande y un valor á toda prueba.

Octavio Rosado cae prisionero con la mayor parte de sus oficiales y soldados; pero salvando su bandera.

El fuerte ha sido tomado en su mayor parte por los franceses, pero la lucha continúa, sí, continúa pero sin esperanza, entonces hay un postrero y sangriento combate en la puerta del fuerte que está defendida por Sanchez Ochoa, con un obus de montaña; á su lado está Campa que muere á los primeros tiros y Hernandez que vuelve á ser herido.

Los ingenieros sirven la pieza y caen agonizantes bajo la cureña.

En esos momentos se reunen Smith y Montesinos á Ochoa con los restos de sus batallones, hay un momento de entusiasmo, la última chispa de la hoguera que se extinguía, óyense los gritos de los gefes: "¡Viva México!" ¡Mueran los franceses!" á ese grito de guerra responden los disparos del enemigo y se renueva de una manera desesperada la lucha y el encarnizamiento.

Los gefes se disputan el honor de llevar la bandera y todos se lanzan á la arena y penetran de nuevo al interior de la Penitenciaría.

Al pasar los mexicanos por la puerta del fuerte, y cuando ya estaba todo perdido, se presentó un cuadro verdaderamente grande y heróico: la bandera del 6º batallon se estaba perdiendo y ya los zuavos tenian parte de su gaza, cuando el comandante de batallon Manuel Alvarez se lanza con un puñado de soldados en compañía de los oficiales Juan Topete y Agustín Alvarez, cruzan sus bayonetas con las de los zuavos y rescatan entre

un mar de sangre y de matanza aquella insignia sagrada símbolo augusto de nuestra independencia.

Manuel Alvarez y Topete están agonizantes sobre la arena.

Una nueva columna de reserva refuerza al enemigo, que arroja por completo á aquellos heróicos soldados que tan valientemente habian defendido la Penitenciaría, poniendo muy alto el honor nacional.

Perdiendo palmo á palmo el terreno, dejando un reguero de cadáveres y cubriendo con sus cuerpos el estandarte de la patria, salieron de la Penitenciaría en número de quinientos los restos ametrallados de los defensores y se refugiaron tras de la próxima línea que comenzaba á disparar sobre el enemigo.

Caía la noche cuando las legiones francesas tomaban completa posesion del fuerte de San Javier.

Envalentonado el ejército invasor con una victoria tan cara, creyó desmoralizado á su adversario, y creyendo oportuno el momento para sorprender la segunda línea, dispuso un asalto con tropas de fresco; entonces aquella segunda línea descarga á metralla sus obuses y la fusilería nutrida destroza al enemigo que altanero se arroja sobre los parapetos.

Negrete, lleno de desesperacion, se avanza con la rapidez del rayo por uno de los flancos, y los invasores retroceden ametrallados dejando multitud de víctimas como el pregon del escarmiento sobre aquel suelo ensangrentado.

Los zuavos abandonan la Alameda y la plazuela de Guadalupe para refugiarse en su campo y el reducto tomado.

A las dos horas hicieron otra intentona formidable; pero aquella fortificacion con sus bocas de fuego los alejó despavoridos despues de las impresiones espantosas del dia.

El fuego duró hasta la media noche, en que pareció que el ejército frances habia perdido la esperanza de sorprender á los republicanos despues de su victoria sobre el reducto de San Javier.

Así concluyó la jornada mas sangrienta que se registra en los anales del sitio de 863.

Siete mil hombres de ambos ejércitos habian sucumbido.

VI.

Al dia siguiente, 30 de Marzo, en el parte dado por el general en jefe al ministro de la guerra, comunicaba la gloriosa defensa de la Penitenciaría y la pérdida despues de una resistencia heroica.

En la orden general del dia, el cuartel-maestre citaba los nombres de los gefes y batallones que habian concurrido á la defensa y anunciaba al ejército de Oriente y á la nacion entera, que los cuatro jóvenes valientes, héroes de esta sublime epopeya, eran premiados por la república con las bandas de coroneles.

Sanchez Ochoa, Smith, Rosado y Montesinos, han dejado sus nombres sobre aquellas paredes ennegrecidas por el fuego, y desde entonces son saludados en los dias espléndidos de los recuerdos patrios.

CAPÍTULO VII.

Los héroes de la segunda línea.

I.

La mañana del 31 de Marzo salieron los cónsules extranjeros á tener una conferencia con el general en jefe de la expedicion, para conseguir que las familias saliesen de la plaza, porque el estrago de las bombas se hacia sentir en los niños y mujeres mas bien que en los reductos.

Multitud de personas se agrupaban por el lado de San Javier en espera de los emisarios; el fuego se habia suspendido por algunos momentos.

Entre aquella turba que deseaba salvarse, estaba Felipe Cuevas con su estuche de medicina.

—Hola, doctor! le gritó Pablo Martinez, en qué número se cuenta usted, en el de los niños, ó en el de las hembras?

—En ninguno; mis servicios son necesarios en el ejército del centro.

—Aquí está el centro de los balazos, y no lo deajo salir á usted aunque lo mande el general en jefe.

—Señor capitán, ese es un atentado horrible, yo voy á ejercer mi alta misión á Ocotlán.

—Va usted á curar al vigía?

—No faltará á quien aliviar sus dolencias.

—Pues amigo mío, usted no pasará las trincheras, dígalo el comandante Santiago Gonzalez que viene ahí en su *clavileño*.

—Presente, respondió Gonzalez; de qué se trata?

—De que el señor trata de escaparse.

—Corrija usted esa palabra, señor capitán, aquí nadie habla de escapatorias.

—Cómo es eso? Tú no nos abandonarás, necesitamos morir juntos, ya está dispuesto todo en Santa Inés; el coronel Anza nos manda, y veremos quién mata á quién.

—Yo no estoy aquí para pelear, sino para atender á los heridos; conquese, vayan dejando plaza á la medicina.

—No hay mas plaza que la de Santa Inés.

—Déjenlo salir, dijo una vieja, el señor es muy buen médico, él curó á mi esposo, que de Dios goce.

—Así están todos sus enfermos, gozando de Dios, porque no deja uno á vida.

—Siempre los mismos, exclamó Felipe Cuevas, ya sé que todo es broma.

—Así parece; ya verás cuando ataquen los *gabachos*.

—No, no lo quiero ver, hoy mismo he estado á punto de ser muerto por esos bandoleros; metieron una bomba en el hospital, la fortuna mía fué no estar allí en esos momentos; pero si me he encontrado en el lugar donde cayó la bomba, me aplasta como ratón.

—Mira, Felipe, dijo Gonzalez, á los cobardes son á los que buscan las balas.

—Puede ser, pero si ese adagio fuese cierto, ya estaria en el camposanto; yo les confieso que no he nacido para la guerra, este espectáculo me molesta muchísimo, no sabia todo el amor

que se le tiene á la vida hasta ahora que la veo peligrando, así es que yo necesito salir de la plaza á todo trance.

—Tiene razón, dijo la vieja, no todos nacemos para héroes, y cada uno es muy dueño de su miedo.

—No hay quien lo niegue, respondió Martinez, y este doctor es capaz de desmoralizar á todo el ejército.

—Creo que sí, porque el corazón se me sale por la boca á cada cañonazo, y hasta rezo; figúrense ustedes que en Nueva-York nunca presencié un combate, yo solo entiendo de duelos, y de coñac, y de naufragios; pero eso de resistir á todo un ejército, no está en mis convicciones.

—Ni en las nuestras, dijo Martinez; pero el caso es que lo resistiremos, y que usted estará á nuestro lado como buenos amigos que somos.

—Yo no soy amigo de nadie, yo soy estudiante, y nada mas.

—Yo también lo soy, y me bato.

—Sí, pero será por tu voluntad.

—Pues saldrás de Puebla, pero cuidado con ir despues á contar heroicidades.

—Yo prometo referir solamente las de ustedes.

—No deje usted de contar la muerte de mi esposo, que estuvo muy bien dispuesta, señor doctor.

—Este Felipe va á tener por clientes á todas las casadas de la población.

—No hagan ustedes aprecio de las vulgaridades; su esposo de la señora ha muerto de catarro agudo, no lo pudo salvar ni la amputación de la nariz, fué un caso precioso.

—No es mal catarro el que producen las bombas francesas.

Un rumor se alzó de aquella multitud agrupada en la avenida principal de la garita.

Los cónsules entraban en la plaza, trayendo la fatal noticia de que el general Forey no permitia á las familias que saliesen de Puebla.

Este rasgo de barbarie fué el prólogo de esa historia de horrores cometidos en nuestro suelo por el ejército francés.

II.

Grandes pérdidas habia costado á los invasores la toma del primer reducto; pero la plaza iria cayendo por secciones. Cuál era el plan salvador en aquellos momentos de conflicto? Qué objeto habia en sacrificar á aquel valiente ejército, haciéndolo morir hora por hora, hasta el dia aciago en que los franceses completaran su victoria?

La defensa *pasiva* era la derrota; morir matando era la sola esperanza de aquellos héroes, dejando sus cuerpos sobre el *lignum* del martirio como un ejemplo de abnegacion al porvenir.

La bandera seria tomada cuando no hubiera un solo brazo que la sostuviese; la plaza se envolveria en los pliegues de su estandarte, como la mortaja gigante que debia cubrirla en sus últimos momentos.

Los generales cuya opinion no podia ser sospechosa, propusieron á Ortega romper el sitio, aventurar una batalla, y salir al fin de aquella situacion insostenible, toda vez que estaba rota la primera linea de defensa.

Ortega no accedió á aquella nacional y patriótica demanda, salvadora del ejército de Oriente, y entonces se tuvo que apurar el cáliz de la desgracia, y resignarse á quedar sepultados bajo los escombros de Zaragoza.

El 1.º de Abril la division Berriozábal recibió orden de entregar á otras fuerzas republicanas los fuertes del Loreto y Guadalupe, y ocupar algunos puntos importantes del perímetro de la plaza, entre ellos el convento de San Agustin y puntos avanzados.

La division se componia de las magníficas brigadas de Tolu-

ca, Jalisco y Oaxaca, á cuyo frente se encontraba el general Porfirio Diaz.

El 2 de Abril los franceses, despues de un formidable ataque, habian ocupado el Hospicio y situado en la puerta dos piezas rayadas que jugaban sobre las manzanas avanzadas de San Agustin, punto defendido por el general Diaz.

Durante todo el dia sin interrupcion, las mencionadas piezas estuvieron batiendo con el objeto de abrir brecha para lanzarse los zuavos al asalto.

El general Diaz se ocupó con indecible actividad en preparar la defensa interior de la manzana que se le habia confiado.

Sus soldados hacian oficio de zapadores, y todo el frente que daba al enemigo estaba lleno de escombros y tierra, presentando una gran dificultad para practicar su brecha.

El patio interior, que seguia á la muralla de tierra, estaba ya preparado para esperar en él un sangriento combate.

Un profundo foso lleno de agua estaba al pié de un parapeto levantado con sacos á tierra, elevándose á una tercera parte del patio, hácia el fondo, punto opuesto á la entrada por donde el enemigo tenia que pasar sobre la brecha.

Los corredores bajos estaban tambien parapetados para fuegos de fusilería, que se cruzaban perfectamente con los del frente del parapeto, en el que se hallaba una pequeña tronera donde estaba situada una pieza de montaña.

Las galerías de arriba estaban igualmente parapetadas; algunas paredes avanzadas se habian artillado para la defensa.

Los trabajos todos se estaban terminando, y las fuerzas dispuestas para el combate.

El general Diaz parecia estar satisfecho, y esperaba que sus soldados no desmentirian su acreditado valor y patriotismo.

Pasóse el dia en expectativa: á las seis de la tarde la artillería francesa abre implacable la brecha con sus proyectiles.

En el fondo del patio del Hospicio se deja oír esa gritería de

los franceses que precede al asalto, aquella es la última plática de batalla.

La noche caía y los fuegos continuaban con mas vigor.

A las ocho de la noche se suspende aquella tempestad; el general Diaz manda á sus soldados armar la bayoneta porque la hora del asalto habia llegado.

Dos ó tres veces intenta tapar la brecha, pero es imposible, aquello está desmantelado.

En medio de la oscuridad y sobre el escombros, se ven los cadáveres de los soldados de Oaxaca, que habian caido al colocar los gaviones á treinta varas del enemigo.

El silencio se prolongaba, la hoquedad de la brecha era horrosa. Por ahí debian pasar los asaltantes, aquella crátera debia devorarlos.

De súbito el clarín de los zuavos se oye en el interior del Hospicio, y momentos despues los hurras y vivas al emperador y á la Francia.

Mas de mil zuavos se lanzan á la calle, atraviesan su latitud como la corriente de una avenida, y penetran por la brecha.

Una bomba colocada sobre el escombros hace explosion en los momentos en que los primeros franceses pisan aquel sitio siniestro.

La mina hace su efecto, y el enemigo sigue, pero sigue desmoralizado sobre el camino de la brecha, creyendo volar á cada paso.

Despues de la rápida y pasagera luz que iluminó aquella vía, todo se hundió en la mas densa oscuridad; sin embargo, avanzan, y llegan á la descubierta del patio, cuando de repente caen de lo alto una multitud de luces verdes y encarnadas; son los fuegos de Bengala que los ingenieros mexicanos lanzan sobre las ruinas para ver al enemigo y deslumbrarle con aquella luz tórrida y perderlo.

Hermoso es el espectáculo! El enemigo se aprovecha de aquella luz para reconocer el terreno, sabe que le acechan, que

marcan su posicion los sitiados, sufre los horribles fuegos del contorno del patio, y busca una salida, un sitio por donde batir á su adversario.

En medio de aquel fulgor siniestro se veian las *calottes* de los zuavos y sus vestidos rojos.

El enemigo trae su bandera marcada con el número *tres*, y junto de ella aparece la arrogante figura del clarín tocando ataque.

El fondo del patio, los corredores y pasillos superiores están envueltos en una oscuridad bien calculada, mientras que el enemigo está inundado de luz, la luz de las antorchas con que los reciben sus huéspedes.

Caen las ráfagas luminosas, los mexicanos observan á su enemigo y rompen sus fuegos mortíferos.

La pieza de montaña está oculta, la tronera por donde va á romper sus fuegos cubierta por algunas faginas que vuelan al primer disparo. La metralla lanzada del parapeto del fondo, es como la seña fatal, y una nube de fuego de fusil atruena el recinto y detiene á los asaltantes.

Los zuavos se rehacen y avanzan sobre los cadáveres de sus compañeros, tropezando con el escombros que ha esparcido el proyectil de brecha.

Un oficial de ingenieros viene á la cabeza, y ya llega con el grueso de los zuavos al fondo del patio, cuando otro oficial de zuavos se le adelanta con su compañía; el parapeto iba á ser tomado, cuando se ve entre una tormenta de fuego y en el centro de sus soldados á Porfirio Diaz, como el dios de la guerra: su rostro ennegrecido por la pólvora y la tierra, presenta un aspecto sombrío, á la luz pálida de las llamas de Bengala.

El momento es decisivo y terrible; el general está al pié de la pieza, se precipita sobre los artilleros, toma él mismo la *pio- la*, se oye el chasquido del cápsul sobre el bronce del obús y... el tiro no sale.

El enemigo, que observa aquel contratiempo en medio del

reflejo que arrojan los disparos de fusil, se precipita clamando: Adelante! á la victoria!

En aquel momento angustioso y solemne, un oficial de artillería salta de súbito al lado de Porfirio Diaz, coloca un nuevo cápsul en el obús, entrega la cuerda al general, y esta vez el tiro á metralla sale quemando al enemigo y haciendo desaparecer á dos oficiales de vanguardia.

—Ahora á mí, soldados de Oaxaca! gritó Porfirio Diaz, y arrebatando la bandera, brinca el foso y parapeto, y al toque de ataque de los oaxaqueños, carga á la bayoneta y arroja á los zuavos de la brecha, y los hace replegar á sus posiciones del Hospicio, rechazados y en dispersion.

Aquella escena fué terrible, el colorido de la luz de Bengala daba un tono siniestro y romancesco á las ruinas donde tenia lugar el drama de devastacion y de matanza.

Si álguien se hubiese asomado á aquellos corredores, le hubiera parecido la llegada del Dante á las puertas del infierno.

III.

El 6 de Abril las operaciones del enemigo comenzaron por el costado del Hospicio que da frente á la manzana de la Estampa.

Despues del frustrado ataque á los puntos defendidos por el general Diaz, ya nada intentaron sobre aquellos lugares, y todos sus trabajos se dirigieron á batir la referida manzana de la Estampa. Aquel sitio estaba ocupado por fuerzas de Veracruz á las órdenes del valiente Llave.

El batallon de Tuxpan se encontraba allí, auxiliado por los batallones de Veracruz y Huatusco, á las órdenes de Gonzalez Paez, y el fijo de Veracruz, con Sanchez á la cabeza y el denominado Luis Teran.

Todo el dia los fuegos de brecha batieron el reducto: á las cuatro de la tarde ya estaba derrumbado el frente del edificio, por donde se iniciaba un nuevo asalto.

El general Llave trabajaba en persona con sus soldados en las fortificaciones interiores de la manzana; lo ayudaba el ingeniero Foster, y preparaban como el general Diaz, las fortificaciones en el patio; pero no les habia sido posible concluir las por falta de tiempo, y porque la parte donde se hacian aquellos trabajos era sumamente estrecha y reducida.

El frente que daba al costado del Hospicio habia sido preparado con rellenos de tierra y escombros. Las piezas ó cuartos que seguian al frente por donde debia entrar el enemigo, estaban sin pisos y con una profundidad de mas de tres metros, pues la tierra se habia extraido para rellenar los parapetos y demas obras; pero como los soldados tendrian de pasar por allí, el ingeniero Foster colocó tablas que figuraban pisos; al mismo tiempo serian batidos en los flancos por fuerzas colocadas al efecto.

La tarde comenzaba á caer entre la niebla: desde las cinco habia comenzado una lluvia débil pero constante; el piso de las calles estaba resbaladizo; un viento húmedo se hacia sentir, mas penetrante á medida que la noche avanzaba.

Los valientes soldados de Veracruz con su general á la cabeza, esperaban en sus puestos al enemigo, sobre los escombros, porque el fuego de brecha habia derribado el lienzo que daba al frente del Hospicio.

A las siete de la noche cayó la barda tras la que trabajaban los ingenieros. Al desplomarse aquellas ruinas cediendo al poder de la artillería, una nube de piedras, ladrillos y tierra, envolvió al valiente general Llave, que salió herido y cubierto el rostro y el vestido con el polvo y caliche de las ruinas.

Estaba rodeado el general de sus oficiales que le examinaban cuidadosamente sus heridas, cuando se oye la algazara de los franceses, y un instante despues ya están sobre la brecha, y pe-

netran sobre aquel puente falso preparado por el ingeniero Foster.

Como el movimiento habia sido rápido, aquella multitud lanzada entre las sombras, cae incauta en los fosos y lanza alaridos y gritos desesperados, porque las tropas mexicanas hacen fuego sobre el abismo.

El resto de la columna ignora en medio de las tinieblas lo que pasa á sus compañeros, y retrocede instintivamente ante un peligro desconocido.

Mientras pasaba esta escena en el lado derecho de la brecha, quinientos zuavos del tercer regimiento habian logrado penetrar hasta el pequeño patio donde estaba el general Llave, y simultáneamente á derecha é izquierda se rompe un fuego nutrido y asolador, pero en vano, porque el fuego no detiene á los asaltantes, que llegan hasta cruzar sus marrazos con las bayonetas de los mexicanos.

Los soldados de Tuxpan se baten con Galindo á la cabeza, con Galindo que cae muerto atravesado el pecho por el filo cortante de un marrazo en un golpe libre de esgrima á la bayoneta.

Otros oficiales caen tambien en la arena; el comandante Robleda arroja sin cesar granadas de mano sobre el enemigo, hasta que uno de esos proyectiles se le incendia al dispararlo, hace su explosion y pierde las dos manos, recibiendo fuertes heridas en el rostro.

La lucha es sangrienta por todas partes; ya los soldados de Tuxpan vacilan en medio de la matanza, cuando aparece el general Llave con los soldados del Fijo y Rifleros de Veracruz, y en medio de la tormenta de fuego y de esterminio, deja oír su acento poderoso. ¡Viva México! ¡Viva la independencia! ¡Mueran los franceses! Y con su espada brillando como un rayo se lanza á la pelea, seguido de Teran y de otros bravos oficiales, mézclanse con el enemigo, luchan cuerpo á cuerpo, restablécense la moral y la lucha es incierta.

Los zuavos se detienen, pero no retroceden; suena el clarin frances tocando *retirada*, y á esa señal el general Llave torna con mas brío á la carga con indecible esfuerzo, y los zuavos huyen dejando en el campo los heridos y cadáveres de sus compañeros.

Llave, con los soldados de Veracruz, avanza hasta arrojar por completo fuera de brecha á los franceses.

Los zuavos que han caido en los fosos preparados por Foster en la parte izquierda de la manzana, á pesar de su situacion, se baten y rehusan rendirse á los mexicanos. Lalane, el capitán Casarin y Luis Teran están sobre el enemigo, y logran que aquellos desgraciados se rindan.

Sale del foso el teniente que habia caido con mas de la mitad de su compañía, y se entrega prisionero con sesenta zuavos del tercer regimiento.

Toda la línea toca diana, y la noticia de aquellos triunfos es solemnizada por el ejército.

Llave y Porfirio Diaz son los héroes de esa jornada, y sus nombres son saludados por los valientes hijos de la República en una tierna y ardorosa expansion de patriotismo!